

¡NUNCA TE ATREVAS A DECIRLA!

Cuando sucedió “aquello” todo cambió para la familia Florescorrea. En pocas horas perdieron su fortuna, su propiedad y sobre todo su honor. La ciudad de México era aún muy pequeña y la sociedad muy cerrada. Tuvo que pasar el gobierno de Juárez, después el largo de Porfirio Díaz para poder recuperar parte de lo perdido. Ya en tiempos del PRI la familia volvió a tomar fuerza. Marcela, Eduardo y Joaquín aparecían prácticamente todos los días en los periódicos, uno por su poder político, Marcela por ser una lideresa de la sociedad y Joaquín por sus libros filosóficos. El resto de la familia, aunque no tan famosos, eran reconocidos ampliamente. Al verlos siempre con la sonrisa a flor de boca en las fotos o cuando se topaba con alguno de ellos en el teatro, en el palacio de gobierno o en las universidades siempre se llegaba a la conclusión de que eran felices, muy felices. Lo que nadie sabe es que todos están marcados por el signo de la venganza y como no la han podido llevar a cabo están profundamente amargados, resentidos, furiosos contra ellos mismos. Cuando sucedió “aquello” se juró que año tras año se reunirían para buscar como limpiar el nombre y castigar a los culpables. “Aquello” se transformó en la “palabra”. ¡Nunca te atrevas a decirla! Exigió el tatarabuelo. Y ese ¡Nunca te atrevas a decirla! perdura hasta la fecha actual. Todos saben que existe la palabra y que ella es la clave, pero nadie se atreve ni siquiera a pensarla. Y por esta palabra nada ni nadie satisfacen a los miembros de la familia. Por dentro están totalmente amargados. Y así fueron muriendo uno a uno, todos jurando al último minuto que jamás dirán la palabra. Cuando se

inaugura el siglo XXI se reúne la familia que cada día es mayor y está dispersa en el territorio nacional y en el extranjero. Pero nada de eso importa. El día 18 de junio, como desde el principio, es el obligatorio para reunirse y jurar. Nadie falta, ni los que viven lejos, ni los que tienen trabajos u obligaciones, ni siquiera los viejos o los enfermos. Acuden mujeres y también los niños. Todos juran en ceremonia ritual frente a la urna que contiene los restos de patriarca. Los cantos que preceden a la ceremonia van propiciando que la sangre se suba a la cabeza, que los puños se empiecen a cerrar, que aparezcan los cuchillos, las espadas, los máuseres, las pistolas. A gritos piden vengar a la familia. Gritan los viejos y los jóvenes, gritan las mujeres y los niños. ¡Venganza, venganza, venganza! Enardecidos rompen lo que encuentran a su paso: vajillas, estatuas, muebles. Sus gritos son desaforados: ¡No decir nunca la palabra! Y de los gritos pasan a los golpes. Los viejos golpean a los jóvenes, los jóvenes con certeros golpes tumban al piso a los viejos, las mujeres se agarran entre ellas de los cabellos. Los niños pegan con lo que encuentran a su lado: maderas, pedazos de estatua, platos rotos. Todos terminan sangrando y con su sed de venganza aumentada. Marcela Merbleu, de origen francés, no está de acuerdo con estos sucesos, mucho menos del último en el que a su hijo Gerardo le rompieron un hueso. Ella es la esposa de Agustín Florescorrea. Éste también quedó herido pero eso a ella no le importó. ¡Un día de estos van a matar a nuestro hijo!, le gritó a su marido. Tengo que acabar con todo esto. ¡No te atrevas!, gritó él. Y sí se atrevió. Antes de que regresara toda la familia a sus respectivos lugares los citó para una cena. Todos asistieron. En el brindis final pidió hablar. El marido dijo que no, los demás dijeron que sí. Ella, con documentos relató la historia de la familia, la del marido, por supuesto; expuso la pérdida de todo el capital y la reputación en el siglo diez y nueve, el renacer, sus grandes logros, sus gentes ilustres del siglo veinte. Todos

orgullosos asintieron. Pero...continúo ella, pero nada de esto ha servido para nada, ni el poder, ni la fama, ni el dinero, ni los demás logros. No ha servido porque todos ustedes están llenos de odio. ¡Todos! Ahora ya molestos se miraron uno a uno. Nuevamente iba renaciendo la furia. Por este odio, continúo ella sin mostrar temor, son capaces de matarse entre ustedes, de matar al padre, de matar al hijo, al hermano, al primo. Digan si no es verdad lo que digo. ¡Continúo!, dijo decidida. Esta familia, la de los Florescorrea, tiene un solo destino: morir violentamente, matarse unos a otros. Si se matan ustedes no me importa pero yo no estoy dispuesta que mis hijos mueran de esta forma. Llorando se sentó en su lugar. Ahora se levantó Anselmo Florescorrea, el patriarca actual. Entiendo, le dijo a Marcela Merbleu, tu punto de vista. Lo entiendo pues tú no eres de nuestra sangre. Tus hijos sí. Y ellos tienen que vengarse. ¿Vengarse de qué? Gritó, más que dijo Marcela, díganme de qué se tienen que vengar, yo también tengo derecho a saberlo. Tenemos prohibido decir la palabra, aseguró Anselmo. Pues ahora la van a decir, aseguró Marcela. De su bolsa sacó una pistola y amenazó a Anselmo. Tienen cinco minutos para decirla. El primero que morirá si no la dicen es el abuelo Anselmo, después irán muriendo uno a uno hasta que se me terminen las balas, la última será para mí. En lugar de miedo la actitud de la mujer provocó la risa de todos los varones y el desprecio de las mujeres. Marcela Merbleu estaba en un dilema. Disparar o tirar la pistola y huir. Pero no hizo nada de esto. Preguntó si ya iban a decir la palabra. Ahora todos rieron: hombres, mujeres y niños. Marcela apuntó, disparó. No contra Anselmo, disparó contra la urna que contenía los restos del patriarca de la familia. Sus cenizas se esparcieron por todo el recinto ante el temor de todos. ¡Sacrilegio!, gritaron. Marcela levantó nuevamente el arma y ahora sí apuntó a Marcelo. ¡La palabra!, exigió Marcela. ¡Nunca!, dijeron todos. El segundo balazo echó por

tierra el óleo de la matriarca. ¡Mi madre! Dijeron todos. El siguiente es uno de ustedes, dijo Marcela. Está bien, tú ganas, dijo Anselmo, el patriarca actual, y no porque me de miedo tu pistolita sino porque me hiciste pensar. Llevamos cerca de doscientos años viviendo para vengarnos. Doscientos años prohibiendo decir la palabra. Esto tiene que terminar algún día y creo que hoy es la fecha. Empezaremos por la palabra... ¡No la digas!, gritó toda la familia. La palabra, siguió Anselmo... Fue interrumpido por el coro familiar: ¡Nunca te atrevas a decirla! No, no la voy a decir, afirmó Anselmo. Y no la voy a decir porque no sé cuál es. Ahora ya no fueron gritos, fue un rumor el que se escuchó. Pregunto, continuó, ¿alguno de los presentes sabe la palabra? Todos se miraron uno a uno. Nadie tenía la respuesta. Haré otra pregunta, siguió diciendo, ¿alguno de ustedes sabe cuál fue el origen de todo esto? Nuevamente nadie pudo contestar. O sea, concluyó Anselmo, tenemos doscientos años peleando, amargándonos la vida y amargándosela a los demás y nadie sabe cuál es la palabra ni cuando ni por qué se inició. Voy a terminar esto no con la palabra, sino con tres. Todos elevaron la cabeza mirando intensamente a Anselmo que posiblemente les iba a resolver la duda que ya todos tenían en la cabeza. Las tres palabras, dijo, para después gritar, son... ¡Todos somos pendejos!

Tomás Urtusástegui

2005